

# CLACS Report

Lily Medina

2024-08-26

La primera PQRS (Peticiónes, Quejas, Reclamos y Sugerencias) que presenté ante la Superintendencia de Vigilancia y Seguridad Privada fue el 22 de diciembre de 2022. En esa solicitud pedía, entre otras cosas, los nombres de las cooperativas rurales de vigilancia conocidas como Convivir en Colombia, el municipio y departamento donde se creó cada una, así como el número de miembros. La respuesta a la PQRS finalmente llegó durante mi visita a Colombia en julio de 2024, gracias al CLACS Tinker Field Research Award.

Tener esta información que yo pedía a través de la PQRS es fundamental para mi tesis. En ella busco explicar a través de la desigualdad en la distribución de la tierra el surgimiento de las Convivir, un fenómeno al que me refiero como milicias sancionadas por el Estado. Convivir fue un programa gubernamental que autorizó a los ciudadanos a organizar cooperativas de vigilancia. La idea era que las Convivir trabajaran localmente para proporcionar inteligencia contra la insurgencia a las fuerzas de seguridad pública. Lo que realmente pasó en muchos casos fue que las Convivir permitieron que el paramilitarismo penetrara en la sociedad civil, ya que servían como una fachada legal para operaciones ilícitas.

Gran parte de mi trabajo de campo ha consistido en encontrar datos: qué hay y dónde está. He buscado registros sobre propiedad de la tierra, recuentos de violencia y otros datos socioeconómicos, pero los datos esenciales para mi investigación provienen de la Superintendencia, que son los que indican en qué municipios se establecieron las Convivir; Para poder explicar su surgimiento, necesito saber dónde se formaron y dónde no, para así tratar de explicar esa diferencia.

El camino para obtener esta información ha estado lleno de baches. Entre la primera solicitud y el correo en el que finalmente recibí los datos necesarios, pasé por un constante ir y venir de peticiones adicionales, respuestas oficiales incompletas, correos sin contestar (debido a que todo debía gestionarse a través del sistema de PQRS, el cual, valga destacar, estuvo fuera de servicio durante seis meses en medio de este proceso), y visitas a las oficinas de la Superintendencia en las que me aseguraban que pronto me enviarían la información.

Las oficinas de la Superintendencia están en el barrio Ciudad Salitre de Bogotá, en el tercer piso de un edificio moderno con paneles de vidrio que cubren toda la estructura, reflejando el cielo a veces despejado de Bogotá. Es un edificio con cientos de oficinas y cubículos. Para ingresar, es necesario registrarse presentando la cédula. Creo que llevan un registro de cada visita; de ser así, debo figurar en nueve de esas entradas. Al llegar al tercer piso, se accede a un espacio con pisos de mármol y tonos neutros, con un letrero grande que dice SuperVigilancia. Para ser atendido, hay que girar a la izquierda, lejos de la entrada institucional a un vestíbulo con 7 ventanillas de atención al ciudadano.

Las personas que atienden en las ventanillas procesan, probablemente, unas 30 solicitudes diarias. Mi petición era una entre tantas. Quizás en una de mis nueve visitas logré despertar algo de simpatía en una de las funcionarias. Le expliqué, como ya lo había hecho en las otras ocho visitas, que estaba investigando sobre las Convivir, que había hecho la solicitud hacía tantos meses, que había hablado con tal y tal persona y que estaba esperando que me enviaran los datos. Ella llamó por celular a alguien y, después de colgar, me repitió lo que ya me habían dicho en otras ocasiones: “a más tardar el viernes tendrá la información”. Sin embargo, a pesar de la simpatía que desperté en ella, esa vez tampoco conseguí los datos que necesitaba. En otra ocasión, me encontré con la persona encargada de responder a mi solicitud. Me aseguró que en un máximo de dos semanas tendría la respuesta. Aun así, pasaron ocho meses más antes de que finalmente me la entregaran.

Nunca comprendí del todo por qué tardaron tanto en procesar mi solicitud ni qué fue lo que, al final, hizo que me entregaran los datos que estaba buscando. Creo que fue una combinación de suerte, perseverancia y conocimiento que iba adquiriendo en cada visita . El trabajo de campo a veces requiere cierta fe y devoción. Uno tiene que llegar al sitio de estudio con curiosidad, disciplina y la disposición de aceptar que, muy probablemente, las cosas no saldrán como uno las imagina. Hay que estar abierto a lo que se encuentre. Al menos eso es lo que me decían y eso fue lo que me pasó.

Aun no sé qué fue lo que aprendí de este proceso. Creo que en parte fue un simple recordatorio de cómo la burocracia puede ralentizar el acceso a la información pública en Colombia y cómo la interacción entre la burocracia y el investigador también condiciona el tipo de preguntas que se pueden responder y cómo se puede responder.